

Discurso pronunciado por el doctor Alberto Baillères, Presidente de la Junta de Gobierno del Instituto, con motivo de la celebración del LXX Aniversario de la Fundación del ITAM. San Ángel, Ciudad de México, 1 de noviembre de 2016.

Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Enrique Peña Nieto;
señor Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Miguel Ángel Mancera;
señor Secretario de Educación Pública, Aurelio Nuño Mayer;
señores Gobernadores;
señores Secretarios de Estado;
señor Rector de la UNAM, Enrique Graue;
muy queridos miembros de la comunidad universitaria,
amigos todos:

¿Qué sería de la vida,
si uno dejara de soñar?
Se acabarían los proyectos y la realización de los mismos.

Don Raúl, mi padre, tuvo un sueño y a los sueños se les debe tomar muy en serio porque, si uno se empeña en conseguirlos, se pueden volver realidad. Seguro estoy de que la realidad superó los sueños de don Raúl y del grupo fundador: nunca imaginaron que el ITAM llegaría a ser la gran institución que es hoy.

Señor Presidente: nos honra mucho su presencia; muchas gracias por estar aquí, esta noche, con nuestra comunidad universitaria. En lo personal, valoro mucho que nos acompañe en este acto tan importante para nosotros. Muchas gracias, señor Presidente.

Con gran emoción me dirijo a todos ustedes para expresar mi beneplácito por este aniversario tan significativo en la vida del ITAM.

Han transcurrido 70 años desde la fundación del Instituto, consumada en 1946 por un grupo de empresarios de la Ciudad de México -encabezados por mi padre, don Raúl- que tuvieron la visión y un profundo deseo de contribuir al desarrollo de la educación superior del país. Mayor mérito merecen porque la mayoría de ellos no tuvo la oportunidad de llegar a la universidad, pues vivieron sus años mozos durante la Revolución Mexicana.

Esta generación de mexicanos, forjados en la adversidad, tenía una sólida fe en el futuro del país, un compromiso insoslayable con México y una voluntad férrea de emprendimiento; sus hazañas en la banca, la industria y el comercio hoy lo atestiguan. No fue menor, además, su labor filantrópica.

A partir de la reforma constitucional del Presidente Manuel Ávila Camacho, que en 1941 concedió a los particulares el derecho a impartir educación superior, en los años siguientes, diversos grupos de empresarios y uno de religiosos en las ciudades de México, Monterrey, Guadalajara y Puebla acudieron al llamado de esta flama de libertad.

En ese entorno, se creó la Asociación Mexicana de Cultura, A.C., en marzo de 1946, la cual fundó el Instituto Tecnológico de México, que iniciaría los cursos de la licenciatura en Economía el 1 de julio del mismo año. Nuestros fundadores se propusieron crear una institución de educación superior privada, laica, sin afán de lucro y de libre pensamiento, en la que se resguardara la libertad de cátedra y la pluralidad, sin ataduras dogmáticas, comprometida en búsqueda de la verdad con el auxilio de los métodos de la ciencia moderna.

Como resultado del cambio legal, las nuevas instituciones particulares no solo atrajeron recursos económicos adicionales a la educación superior del país, sino que, de manera destacada, contribuyeron decididamente a fortalecer la pluralidad, a favorecer la diversidad de pensamiento y de enfoques, y, desde luego, a impulsar la riqueza educativa, intelectual y tecnológica del país. ¡Con ello, la conquista de la libertad mediante la concurrencia de ideas, posturas e instituciones ha sido un faro luminoso para México!

Comenzó así una larga historia en la que diversas circunstancias me llevaron a participar como protagonista. Mi vida como estudiante en el ITAM fue apasionante: tuve grandes maestros que me inspiraron, me formaron y me inculcaron su amor y convicción por el valor de la educación.

Antes de concluir mis estudios, conversé mucho con mi padre acerca del futuro del ITAM; ya entonces avizoraba su enorme potencial para transformar la vida de los jóvenes que allí estudiábamos y para contribuir a construir el porvenir de México. A raíz de nuestras conversaciones, mi padre invitó a Gustavo Petricoli, a Miguel Mancera, a Plácido Arango y a mí a sumarnos a un comité estratégico para definir la conducción futura del ITAM.

En el año de 1962 comenzó una nueva vida del Instituto cuando conseguimos la autonomía universitaria, concedida por el Presidente Adolfo López Mateos. La autonomía nos confirió la libertad para diseñar nuestros propios planes de estudio, nos abrió la puerta para innovar, modernizar y actualizar nuestros programas académicos. Mi padre nombró entonces una comisión, que yo presidí, para imaginar y concebir a una institución de educación superior más eficaz para cumplir con su misión en este mayor espacio de actuación. Desde entonces, no hemos dejado de hacerlo, ¡y lo hacemos con gran entusiasmo y cariño!

Poco tiempo después, en 1967, por azares inescrutables del destino, me tocó asumir la presidencia de la junta de gobierno del Instituto y formular un plan integral de desarrollo: con este plan, nos propusimos configurar nuevos planes de estudio –el llamado Plan Integrado–, contratar maestros de tiempo completo, formar profesores en los mejores posgrados del mundo, organizar al Instituto por departamentos académicos que reunieran el saber de una disciplina, impulsar los trabajos de investigación, aumentar sustancialmente el programa de becas para atraer a los mejores estudiantes sin importar sus recursos económicos, entre otras medidas. Con gran entusiasmo, acrecentamos sustancialmente la ayuda económica al ITAM para poder implantar estas innovadoras ideas.

A lo largo de los años, el ITAM ha expandido cuidadosamente su oferta educativa. Nuestros principios son muy claros: participamos sólo en aquellos campos del saber en los que tenemos la solidez académica necesaria y en los que podemos hacer contribuciones valiosas. Por supuesto, seguiremos ampliando con prudencia nuestra oferta educativa.

Nos llena de satisfacción confirmar que, a pesar de estar comprometidos con el modelo de campus único situado en la Ciudad de México, hoy en día un poco más del 40% de los estudiantes del ITAM no proviene de la zona metropolitana de la ciudad. El ITAM se ha convertido en una institución de alcance nacional. Nuestro empeño por conservar un modelo de institución relativamente pequeña y concentrada en las áreas en las que tenemos fortalezas probadas para contribuir a la formación de los estudiantes más talentosos del país seguirá siendo uno de nuestros principios.

Nos sentimos muy orgullosos de la facultad que hemos consolidado, de sus invaluable aportes a la docencia y a la ciencia; nos alienta la inteligencia y la energía de nuestros estudiantes y atisbamos las valiosas aportaciones que harán, en su momento, al desarrollo de México, y nos llena de satisfacción la contribución de nuestros exalumnos. Sin embargo, evitamos caer en la complacencia y aspiramos a superar todo lo que nos enorgullece, todo lo que nos alienta y todo lo que nos llena de satisfacción.

El camino recorrido nos da fuerza y confianza; lo disfrutamos, pero también reconocemos nuestras debilidades y nos empeñamos en superarlas; tenemos grandes planes y metas que alcanzar, y todo ello lo hacemos para que lo mejor del talento de nuestro país se aproveche cabalmente y rinda los frutos que se demandan para cimentar la grandeza de México. De inmediato, tenemos la posibilidad, acariciada desde hace más de 20 años, de consolidar en el campus de Río Hondo toda la actividad académica del Instituto. Contamos con un nuevo espacio que nos lo permite y estamos valorando la propuesta arquitectónica para, de una vez por todas, contar con las instalaciones idóneas para nuestra labor educativa. ¡Los vamos a sorprender!

Estoy convencido de que el desarrollo de México requiere necesariamente una educación de calidad que alcance a todos los mexicanos: una educación que cultive a las personas en los valores de la civilización, que forme ciudadanos de bien y de provecho, que les acredite en el conocimiento de la ciencia y la tecnología, y que les habilite a ganarse la vida con dignidad y decoro.

Abrigo grandes esperanzas en la reforma educativa emprendida por el Presidente Peña Nieto. Estoy consciente de que se trata de un largo y sinuoso camino para conseguir la implementación cabal de dicha reforma y con ella lograr el desarrollo social y económico del país. Como sociedad, debemos asumir que el derecho de los niños y jóvenes a una buena educación debe estar por encima de cualquier otro derecho y, por supuesto, de cualquier otro interés. Sin embargo, me sorprende la aparente indiferencia que muestra la mayoría de nuestra sociedad y su falta de pronunciamiento y compromiso con la Reforma Educativa.

La Reforma Educativa, la primera de varias trascendentes reformas constitucionales emprendidas por el Presidente Peña Nieto, es la que brinda la mayor contribución al desarrollo porque beneficia directamente a todas las familias mexicanas al ofrecerle a sus hijos, y a las siguientes generaciones, una mejor oportunidad de superación personal y de bienestar.

La educación debe guiarse y gestionarse como una política de Estado; debe estar a salvo de la lucha de los intereses partidarios y gremiales. No podemos defraudar a millones de mexicanos que abrigan, en la educación de sus hijos, su esperanza -entrañablemente fundada- de lograr su emancipación económica y social, ni tampoco podemos seguir comprometiendo la prosperidad, la justicia y la desigualdad que sufre el país. Asimismo, debemos comprender que el financiamiento de la educación pública proviene del sacrificio de todos los mexicanos. En consecuencia, malgastar estos caudales ofende al pueblo que ha renunciado a una parte de su dicha inmediata en beneficio de la superación espiritual y del futuro material, que únicamente la educación permite conseguir. Confío en que vamos por el camino correcto para resolver el problema educativo del país y que todos hemos de apoyar las medidas necesarias para lograrlo. Una educación de calidad para las generaciones de mexicanos, presentes y futuras, es la mejor herramienta para alcanzar su superación material y espiritual y alcanzar el destino de grandeza para nuestra Nación.

El futuro de México es esplendoroso: no me cabe la menor duda. Su pueblo es maravilloso, joven, creativo y con grandes aspiraciones de mejorar su condición social y económica. Contamos con un patrimonio social de un valor incalculable, cimentado en diversos elementos de cohesión social y de valores compartidos que tienen méritos inconmensurables. Asimismo, nuestra ubicación geopolítica es envidiable. La naturaleza nos ha bendecido no solo con grandes bellezas que alimentan nuestro espíritu, sino también con riquezas de diversidad de fauna, flora y recursos. Hemos desarrollado una economía que hoy es una potencia media con gran posibilidad de convertirse, muy pronto, estoy seguro, en una de las diez mayores economías del planeta.

En los últimos 30 años, en México hemos transformado las instituciones económicas y políticas para que nuestra Nación, por un lado, satisfaga sus anhelos de superación material mediante una economía de mercado eficiente y vigorosa que beneficie a toda la población, y por otro, para colmar los reclamos de libertad, justicia y convivencia social pacífica y provechosa a través de un equilibrio más sano de poderes, de una democracia más sólida, de cortes imparciales y expeditas, y de una más efectiva rendición de cuentas de los Poderes Públicos.

Desde luego, seguimos padeciendo algunos añejos problemas: la pobreza extrema se resiste a desaparecer, la debilidad del Estado de derecho nos hiere y han emergido nuevos problemas, como la violencia. No obstante, confío en que se podrán ir resolviendo si tenemos fe en nosotros mismos, y nos empeñamos en afrontarlos con voluntad inquebrantable.

Señoras y señores:

Mi optimismo en nuestro querido país es fundado. No es una quimera. Mi mayor deseo es que compartan conmigo esta convicción, este sueño; que lo propaguen y lo contagien. Y hago una convocatoria perentoria ¡para que nos empeñemos, con unidad y fervor, en conseguir la grandeza de México!

Llegamos a estos 70 años de la vida del Instituto con alegría, con satisfacción y con grandes sueños, plasmados en planes, para que el ITAM acreciente su valioso legado a la educación superior del país.

A nuestro Rector del Instituto, Dr. Arturo Fernández, le agradezco, emocionado, su invaluable contribución en la conducción de la marcha de nuestra querida institución, así como por su talento, vocación y apasionada entrega a nuestra alma máter. Arturo, mi más amplio reconocimiento.

A nuestros colaboradores administrativos y de servicio, les expreso nuestro mayor agradecimiento por su entrega al trabajo y su lealtad.

A nuestros queridos estudiantes, los conmino a que se esmeren en sus labores académicas, a que asuman la cuota de responsabilidad que les corresponde con la sociedad y los exhorto a que siempre tengan presente su compromiso para con nuestro querido México.

A nuestros queridos maestros, les manifiesto mi mayor reconocimiento y gratitud: su labor es invaluable; con su saber, con su afán y sus fatigas, se construye el futuro de los jóvenes que aquí se educan, y se forja el porvenir de la Nación.

A nuestros queridos exalumnos, les quiero decir que el valor de su contribución profesional y el testimonio de una conducta intachable son, para el ITAM, las expresiones más preciadas de su lealtad y su más cara gratificación.

A nuestro exalumno y mi compañero de generación, Don Miguel Mancera Aguayo, le expreso mi agradecimiento por su amor al Instituto y por su colaboración desde que nos nombró Don Raúl miembros del comité estratégico, y porque hasta la fecha sigue, como miembro de la Junta de Gobierno, colaborando con sus valiosas opiniones, su talento y su experiencia. Miguel, gracias con mi gran afecto, por estar siempre a mi lado en esta gran aventura de conducir con verdadera entrega y pasión a nuestra entrañable alma máter.

Concluyo con un exhorto a mis conciudadanos y a los miembros de nuestra comunidad universitaria: sigamos soñando, como lo hizo Don Raúl, para que nuestros sueños se conviertan en realidades. Qué tal si nos quitamos nuestro pesimismo y mal humor, y soñamos en nuestro querido México como un país más próspero, justo y democrático. Si lo hacemos, les puedo asegurar que este sueño se va a convertir en realidad. ¡Tenemos todo para lograrlo!

Gracias.